

JOSÉ GABRIEL DEL ROSARIO BROCHERO

2º-3º

Los primeros años de su vida

José Gabriel del Rosario Brochero nació en el año 1840, es decir, hace casi 200 años, en un pueblito llamado Santa Rosa del Río Primero, muy cerquita de Córdoba capital.

Tenía nueve hermanos, de los cuales ocho eran mujeres.

Este niño que nació en aquel pueblito llegaría a convertirse en el primer santo nacido, criado y fallecido en nuestro país: el primer santo cien por ciento argentino. Y lo más lindo es que, además, sería el santo de Traslasierra, de nuestra región.

Cuando era chico, vivía en el campo y jugaba con las cabras. Su mamá horneaba el pan y su papá lo llevaba a la plaza de la Catedral, porque vivían cerquita de Córdoba capital. Creció en una familia muy amorosa, en un ambiente de armonía y cariño.

El seminario

Cuando tenía 16 años, les dijo a sus padres que quería ser como el cura del pueblo. Su mamá se puso muy feliz al escuchar su decisión. Su papá, en cambio, le pidió que lo pensara bien, porque tenía otros deseos para el futuro de su hijo. Sin embargo, José Gabriel estaba decidido y finalmente se fue a estudiar al seminario para convertirse en sacerdote.

Para quienes no lo sepan, los sacerdotes son las personas que, en las iglesias católicas, celebran la misa, una ceremonia religiosa muy importante para los católicos. Sin embargo, en la época en que Brochero comenzó sus estudios, al seminario no iban solamente quienes querían convertirse en sacerdotes. También se consideraba que allí se recibía una educación de muy buena calidad, por lo que muchas familias adineradas enviaban a sus hijos a estudiar, aunque ellos no tuvieran intención de dedicarse a la vida religiosa.

Y justamente por eso ocurrió algo bastante particular: a los pocos días de la llegada de Brochero, un grupo de estudiantes comenzó a organizar una especie de rebelión dentro del seminario.

En medio de la madrugada, se levantaron, empezaron a tirar cosas, a agarrar ollas y a hacer mucho ruido mientras gritaban:

—¡Menos misas, más comida!

La comida siempre escaseaba en el seminario y los estudiantes estaban cansados de esa situación.

Pero la rebelión no tuvo muy buenos resultados. El rector se despertó enseguida, puso el grito en el cielo, los retó y los castigó a todos.

A partir de aquel episodio, el seminario se volvió todavía más estricto de lo que ya era. Desde entonces, los estudiantes comenzaron a levantarse a las cinco y media de la mañana. Tenían apenas media hora para hacer perfectamente sus camas, vestirse, asearse y lavarse los dientes. Después iban a misa, luego ayunaban y, a continuación, estudiaban hasta las diez de la mañana. Todo debía hacerse en silencio. Solamente se permitía hablar en algunas ocasiones excepcionales. Por ejemplo, si Brochero necesitaba ayuda con alguna materia, un compañero

podía explicarle lo que no entendía. Pero, fuera de esas situaciones, tenían que permanecer callados. A las tres de la tarde tenían otra clase y así transcurrían sus días: entre rezos, estudios y una disciplina muy estricta.

Cuando Brochero llevaba aproximadamente seis años en el seminario y tenía 21 años, el rector lo llamó para presentarle a un joven. Aquel muchacho tenía 15 años, era blanco, llevaba el pelo castaño impecablemente peinado, zapatos de charol, una corbata de terciopelo y un saco. Parecía un francés, ¡pero estaba en Córdoba! Era un joven muy adinerado, de apellido Juárez Celman.

El rector le explicó a Brochero que, a partir de ese momento, tendría que ser su tutor. Eso significaba que debía cuidarlo, acompañarlo y enseñarle cómo comportarse dentro del seminario.

Pero al muchacho no le interesaba demasiado aprender a comportarse y hacía todo lo contrario de lo que se esperaba de él. Por ejemplo, no sabía hacer su cama. En lugar de leer la Biblia, leía novelas y, en algunas ocasiones, hasta había intentado escaparse.

Brochero, cansado de aquel comportamiento, decidió llamarlo y hablar seriamente con él.

—A partir de ahora, vas a tener que hacer todo lo que yo te diga —le advirtió.

Pero el muchacho no estaba dispuesto a obedecerlo.

—¡Vos no me vas a mandar! Yo solamente obedezco a mis padres, porque mis padres lo saben todo. ¡Vos, negro, no me vas a mandar! —le respondió, utilizando efectivamente esas palabras.

Brochero, lejos de quedarse callado, le contestó:

—Sí, bueno, seré muy negro, pero te voy a hacer unas preguntas. ¿Vos sabés prender un fuego?

—No —respondió Juárez Celman.

—¿Sabés hacer pan?

—No.

—¿Sabés esquila una oveja?

—No.

—¿Y hablás latín?

—No.

Entonces, Brochero le recitó un poema en latín que hablaba de la empatía y de las buenas costumbres.

A partir de aquel momento, Juárez Celman comenzó a ser muy obediente. Y lo que empezó como una relación entre un joven encargado de cuidar a otro y un muchacho que no quería aceptar sus indicaciones terminó convirtiéndose en una gran amistad. Con el correr de los años, ambos llegaron a ser mejores amigos.

Los ejercicios espirituales

Otra de las actividades que se realizaban en el seminario eran los llamados ejercicios espirituales, escritos por un santo llamado San Ignacio de Loyola para que los practicaran los católicos.

Se trataba de una especie de retiro espiritual que duraba nueve días. Durante ese tiempo, los participantes se instalaban en una casa especial, donde seguían una rutina dedicada a la oración, la reflexión y el aprendizaje religioso. Cada jornada comenzaba con un sermón, es decir, un discurso en el que alguien explicaba distintos aspectos de la vida de Jesucristo. Después participaban de una misa, desayunaban y, a continuación, permanecían en soledad. A lo largo del día escuchaban tres o cuatro sermones, rezaban y dedicaban mucho tiempo a estar consigo mismos, en silencio.

Y así transcurrían los nueve días. Para la mayoría de los participantes, aquellos ejercicios espirituales resultaban muy difíciles. Sin embargo, Brochero los disfrutaba muchísimo.

Él mismo contó que aquellas experiencias fueron las que realmente lo hicieron amar su profesión y fortalecer su vocación sacerdotal.

Ya estaba encaminado hacia su objetivo, pero todavía le quedaban experiencias muy fuertes por atravesar.

En el campo de batalla

En aquel momento, la Argentina ya era una república, pero todavía atravesaba fuertes enfrentamientos internos. Existían muchas disputas políticas entre Buenos Aires y Córdoba, y entre distintos sectores de la propia sociedad argentina. Había numerosas batallas para decidir quién gobernaría nuestro país. En una de aquellas batallas libradas en Córdoba murieron muchísimas personas.

Entonces, el regente citó a Brochero para hablar:

—¿Vos querés ser cura? Vení, vení conmigo. Agarrá aceite y acompaña-me.

Y se lo llevó al campo de batalla.

Cuando llegaron, encontraron un escenario terrible. Había muchísimas personas fallecidas, y el olor a muerte era espantoso. Para Brochero, aquella experiencia fue extremadamente impactante. Algunas personas ya habían muerto, mientras que otras todavía estaban moribundas. Había hombres con los ojos abiertos y Brochero se encargó de cerrárselos. Junto con el otro sacerdote, tomó un rosario y el aceite que habían llevado. Se acercaron a cada una de aquellas personas y les hicieron la señal de la cruz en la frente, dándoles la bendición. También les cerraron los ojos, como un gesto de despedida, para que pudieran descansar en paz.

Brochero pasó muchas horas allí, acompañando a los moribundos y a los fallecidos. Cuando finalmente regresó al seminario, no habló con nadie. Nadie le hizo preguntas sobre lo que había vivido y él guardó toda aquella experiencia en su corazón. Pero algo había cambiado dentro de él.

Lo que había presenciado lo hizo comenzar a dudar de su vocación. Aunque estaba muy cerca de recibirse de sacerdote, empezó a sentir miedo de continuar por aquel camino. Muchas veces, las imágenes de aquellas personas moribundas regresaban a su mente. No podía evitar recordar lo que había visto y vivido en el campo de batalla.

El sueño que le devolvió las fuerzas

Brochero atravesó un tiempo de dudas y temores. Hasta que, un día, tuvo un sueño. En aquel sueño se encontraba sobre una montaña, al borde de un precipicio. Frente a él había otra montaña, pero estaba tan lejos que no encontraba la manera de llegar hasta ella. Brochero no podía moverse de donde estaba. Se sentía detenido, sin saber cómo continuar. Hasta que, de

repente, apareció su madre. Ella se acercó, le dio una mano y lo ayudó a tomar impulso. Entonces, Brochero dio un gran salto y logró llegar hasta la otra montaña.

Cuando despertó, se puso a pensar en lo que había soñado.

Recordó a su madre, Petrona, y pensó que había sido ella quien le había dado la fuerza para dar aquel salto. Entonces llegó a una conclusión: si su propia madre lo había ayudado a avanzar en el sueño, él podía encomendarse a la madre de Jesús, la Virgen María. Así fue como comenzó a rezarle a la Virgen, buscando recuperar las fuerzas y la confianza que necesitaba para continuar con su vocación.

Poco a poco, volvió a sentirse preparado para dar aquel paso tan importante en su vida.

Finalmente, el 4 de noviembre de 1866, diez años después de haber ingresado al seminario, José Gabriel del Rosario Brochero se convirtió en sacerdote. Toda su familia lo acompañó en aquel momento tan especial. Brochero estaba muy feliz: después de tantos años de estudio, disciplina, experiencias difíciles y dudas, comenzaba por fin su vida sacerdotal.

Epidemia de cólera

Poco después de convertirse en sacerdote, Brochero comenzó a vivir experiencias que pondrían a prueba su vocación y le enseñarían que ser cura no significaba solamente celebrar misas y rezar, sino también acompañar a las personas en los momentos más difíciles.

Un día lo llamaron para avisarle que había un hombre muy enfermo que necesitaba recibir su bendición. Brochero fue hasta el lugar donde vivía. Se trataba de un rancho que tenía un olor muy fuerte. Allí encontró a un hombre que estaba en los huesos, con los ojos desorbitados. A su lado había un charco de algo que le produjo muchísimo asco al sacerdote.

Sin embargo, a pesar de la impresión que le causó aquella escena, Brochero se acercó al enfermo y le dio su bendición.

Cuando salió, alguien lo advirtió:

—¡Padre, tenga cuidado! ¡Ese hombre tiene cólera!

Efectivamente, el enfermo padecía cólera, una enfermedad terrible que ya se había llevado la vida de unas dos mil personas. En aquella época, la enfermedad se extendía por Córdoba y causaba estragos entre la población.

Pero Brochero no hizo caso de las advertencias. Continuó acompañando a los enfermos y ayudando a quienes lo necesitaban. Durante todo aquel tiempo, en el que la epidemia azotaba la región, no tuvo descanso. Fue sacerdote, enfermero, amigo y hasta padre de quienes necesitaban ayuda. No se limitó a atender las necesidades espirituales de las personas, sino que también estuvo presente cuando la enfermedad y el sufrimiento golpeaban sus puertas.

El camino hacia las Altas Cumbres

Un día, el obispo lo llamó para comunicarle una noticia.

—Te vamos a mandar a un lugar para que seas sacerdote. Vas a ser el cura de San Alberto, en lo que hoy conocemos como Traslasierra.

Brochero enseguida comenzó a averiguar cómo llegar hasta allí. Para realizar aquella travesía necesitaba la ayuda de alguien que conociera muy bien las sierras, porque en ese tiempo no existía un camino que uniera Córdoba capital con Traslasierra. Para cruzar las Altas Cumbres había que hacerlo a lomo de mula, atravesando montañas, piedras y senderos difíciles.

Le recomendaron a un vaqueano llamado Pedraza, un hombre que conocía aquellos caminos y sabía cómo orientarse en medio de las sierras. Pedraza consiguió cuatro mulas: dos para Brochero y dos para él. Así comenzó la primera travesía del sacerdote hacia estas tierras.

Brochero llevaba puesto un poncho nuevo que le habían regalado y un sombrero de fieltro. Con aquellas pocas pertenencias y las mulas, se dispuso a cruzar las montañas para llegar a su nuevo destino.

Durante el recorrido alcanzaron unos dos mil metros de altura. En un momento, Brochero se cayó y se lastimó una pierna. Como no podía continuar en esas condiciones, decidió pasar la noche en una casa que encontraron en medio de la sierra.

A la mañana siguiente, Pedraza le puso ruda y alcohol en la pierna lastimada. Con aquel remedio, Brochero consiguió sentirse mejor y pudo continuar el viaje.

Finalmente, llegaron a la Pampa de Achala. Allí el terreno cambiaba: ya no había tantas subidas y bajadas, sino una extensa planicie. Sin embargo, el camino seguía siendo muy difícil, porque estaba lleno de piedras.

La travesía fue tan dura que terminaron pasando otra noche entre las rocas, soportando muchísimo frío. En medio de aquel paisaje, Brochero celebró una misa. Su compañero de viaje, no entendía muy bien qué significaba aquella ceremonia ni por qué el sacerdote necesitaba detenerse para realizarla.

Después de atravesar tantas dificultades, continuaron su camino hasta llegar al lugar que sería el destino de Brochero: la Villa de Tránsito, conocida hoy como Villa Cura Brochero.

La llegada a la Villa de Tránsito

Cuando Brochero llegó, al atardecer, la Villa de Tránsito era un pueblito muy pequeño. ¡Solamente había doce casas! Allí se encontró con la persona que tenía las llaves de la casa donde iba a vivir. Como hacía bastante tiempo que el sacerdote anterior se había marchado, Brochero pudo conocer su nuevo hogar y comenzar a instalarse.

Se quedaron tomando mate mientras él se familiarizaba con el lugar. Su casa era muy modesta. Tenía una habitación con una mesa, dos sillas y un armario donde pensaba guardar los documentos que necesitara para su trabajo. Al abrir otra puerta, encontró un pequeño dormitorio con una cama, una silla y una mesa de luz.

Después fue a conocer la iglesia y se encontró con una construcción bastante deteriorada. El piso estaba roto, las paredes tenían grietas y el techo estaba lleno de agujeros, por los que incluso se podían ver las estrellas durante la noche.

Aquel sería el lugar donde tendría que celebrar las misas y acompañar espiritualmente a los habitantes del pueblo. Esa primera noche, Brochero se quedó solo con sus mulas.

A la mañana siguiente, se levantó, fue a la iglesia y celebró la misa, aunque no hubiera nadie más allí. Después salió a recorrer el pueblo para conocer a sus habitantes y descubrir qué necesitaban. No tardó en acercarse un hombre para conversar con él.

—Mire, padre, aunque parezca que acá no tenemos mucho, tenemos arropes, duraznos secos, nueces, aguardiente y hasta cueros. Tenemos 5 escuelas, pero en ninguna hay más plazas, necesitaríamos construir más.

El hombre le contó algunas cosas sobre la vida en aquel lugar y también le habló de una familia que estaba atravesando una situación difícil. Le contó que hacía poco había nacido un bebé, bisnieto de un hombre llamado Lorenzo, que tenía lepra. La hija de Lorenzo había dado a luz y el recién nacido estaba bastante enfermo. Brochero decidió ir a visitar a la madre y al bebé.

Cuando llegó, encontró al pequeño en una situación delicada y realizó un bautismo con agua de socorro, una ceremonia que se practicaba cuando un recién nacido se encontraba en peligro y era necesario bautizarlo sin demora. Pero, al advertir que Lorenzo, el hombre que tenía lepra, estaba cerca, Brochero se asustó y se alejó rápidamente.

¿Por qué reaccionó de aquella manera?

En aquel tiempo se sabía muy poco acerca de la lepra. Era una enfermedad que causaba mucho temor, entre otras cosas porque, cuando avanzaba, podía provocar lesiones y deformaciones visibles en el cuerpo. Por eso, las personas que la padecían solían ser aisladas de la sociedad y enviadas a lugares especiales llamados leprosarios, donde vivían separadas del resto de la población.

Hoy sabemos que la lepra es una enfermedad infecciosa causada por una bacteria. Su transmisión se relaciona principalmente con el contacto estrecho y prolongado con una persona que no recibe tratamiento, a través de gotitas que se expulsan por la nariz y la boca. No se contagia simplemente por ver a alguien ni por un contacto ocasional. Pero Brochero vivía en una época en la que esos conocimientos todavía no estaban disponibles. El miedo a la enfermedad era muy grande y, en aquella ocasión, él también reaccionó con temor.

Poco después, Brochero conoció a otro vecino que tenía numerosas plantaciones, pero se encontraba con un problema: le faltaba agua para regarlas. El hombre le contó su dificultad y Brochero, después de escucharlo, le respondió:

—¡Pero esto se soluciona con una acequia! Podemos sacar agua del río y desviarla hasta las plantaciones.

Así fue como se construyó la primera acequia de aquella zona de las sierras, una obra que permitió llevar agua hasta los cultivos.

El vecino estaba tan agradecido que no sabía cómo recompensar al sacerdote por su ayuda.

Entonces Brochero le dijo:

—Si me quiere agradecer, a mí me encanta lo dulce. Así que, si quiere, puede regalarme un patay y con eso voy a ser feliz.

El patay era un alimento tradicional de la región, elaborado con harina de algarroba. Brochero no necesitaba grandes regalos ni reconocimientos. A veces, con algo tan sencillo como un patay, se daba por satisfecho.

Aquella misma tarde, Brochero celebró una misa a la que asistió mucha gente del pueblo. Sin embargo, cuando terminó, se dio cuenta de que los habitantes no habían comprendido prácticamente nada de lo que había dicho. Él había hablado durante la ceremonia, pero sus palabras no habían llegado a quienes lo escuchaban.

Al salir de la iglesia, se encontró con Rafael, uno de los borrachos del pueblo, que estaba despotricando contra Dios. Brochero, que no estaba dispuesto a permitir que continuara aquella situación, lo tomó de la ropa y lo sacó de allí. Entonces le pidió, de manera contundente, que por favor no volviera a entrar en la iglesia a comportarse de aquella manera.

El sacerdote empezaba a conocer las dificultades de la comunidad en la que le había tocado vivir. No solamente había necesidades materiales, sino también problemas sociales, falta de educación y situaciones que hacían difícil la convivencia. Y él estaba dispuesto a encontrar la manera de ayudar.

Un día fueron a buscar a Brochero para contarle un problema: dos hombres estaban peleándose por un potrillo. Cada uno sostenía que el animal había nacido de su propia yegua y ninguno quería ceder. Pero había algo más: uno de aquellos hombres había dejado embarazada a una muchacha y no quería hacerse cargo del hijo que iba a nacer.

Brochero decidió intervenir. Llamó a los dos hombres y les pidió que se presentaran con sus respectivas yeguas. Después organizó una prueba para resolver la disputa por el potrillo. La idea era sencilla: debían llevar al potrillo en secreto y soltar a las dos yeguas para observar qué sucedía. Cuando llegó el momento, soltaron a los animales. Una de las yeguas siguió tranquilamente comiendo pasto, sin mostrar demasiado interés. La otra, en cambio, se dirigió enseguida hacia el potrillo. La yegua había reconocido a su cría. Y así quedó claro cuál de los dos hombres era el verdadero dueño del potrillo.

Brochero aprovechó aquella situación para darle una lección al hombre que había abandonado a su hijo.

Se acercó y le dijo:

—¿Vio cómo este animal reconoce a su hijo?

El hombre respondió:

—Sí, era obvio que era mi potrillo. Yo ya lo sabía.

Entonces Brochero le contestó:

—Bueno, así como este animal, siendo un animal, reconoce a su potrillo, usted también tendría que poder reconocer a su hijo.

Con aquella comparación, el sacerdote buscaba hacerle comprender que no podía desentenderse de su propia responsabilidad como padre.

Brochero tenía una manera muy particular de enseñar. A veces, en lugar de dar largos sermones, utilizaba situaciones cotidianas para hacer pensar a las personas. Decía algo sencillo, directo, que dejaba una enseñanza, y después seguía con sus tareas.

Con el tiempo, Brochero también comenzó a preocuparse por las dificultades que tenían los habitantes para trasladarse de un lugar a otro. Un día le contaron que no había una buena comunicación entre Mina Clavero y la Villa de Tránsito. Los caminos eran difíciles y eso complicaba el intercambio entre los pueblos y la vida cotidiana de sus habitantes.

¿Qué hizo Brochero?

En lugar de quedarse esperando a que alguien resolviera el problema, se puso manos a la obra. Él mismo trabajó para abrir un camino que uniera Mina Clavero con la Villa de Tránsito, en lo que hoy

conocemos como Villa Cura Brochero. De esa manera, contribuyó a construir un camino que facilitara la comunicación entre ambas localidades.

Así era el cura Brochero: cuando veía una necesidad, buscaba la manera de resolverla. Si faltaba agua, pensaba en una acequia. Si faltaba un camino, trabajaba para abrirlo. Y si alguien necesitaba ayuda, intentaba encontrar la forma de acompañarlo.

Era un sacerdote bastante diferente de lo que muchas personas podían imaginar. Le gustaba conversar, tomar mate y hasta fumar. Disfrutaba de encontrarse con la gente y compartir momentos con los habitantes del pueblo. Pero también tenía una característica por la que muchas personas lo criticaban: era muy mal hablado. Usaba malas palabras con frecuencia y no siempre se expresaba de la manera que se esperaba de un sacerdote. Su forma de hablar era directa, popular y, a veces, bastante ruda.

Sin embargo, detrás de aquella manera de expresarse había un hombre que se preocupaba profundamente por las personas y que no se quedaba de brazos cruzados frente a sus dificultades.

Un día volvió a encontrarse con Rafael, el borracho del pueblo, y decidió llevarlo a su casa. Después de aquel encuentro, Brochero se quedó pensando. Miró a su alrededor y comenzó a reflexionar sobre la situación de los habitantes de la Villa de Tránsito. Se dio cuenta de que muchas personas tenían muy pocas oportunidades de aprender. No había una escuela que pudiera brindarles la educación que necesitaban, la pobreza estaba muy extendida y, además, había personas que se aprovechaban de los demás y cometían abusos. En medio de tantas dificultades, muchos terminaban refugiándose en el alcohol.

Brochero comprendió que no alcanzaba con retar a quienes se comportaban mal ni con intentar resolver cada problema por separado. Necesitaba encontrar una manera de ayudar a toda la comunidad.

Entonces recordó algo que había sido muy importante en su propia vida: los ejercicios espirituales que había realizado durante su formación en el seminario. Aquellas jornadas de oración, reflexión y silencio lo habían ayudado a fortalecer su vocación y a encontrar fuerzas en los momentos en los que había dudado de sí mismo.

Y entonces se le ocurrió una idea.

¿Y si llevaba a todas aquellas personas a realizar los ejercicios espirituales que tanto bien le habían hecho a él?

Quizás, si los habitantes del pueblo tenían la oportunidad de vivir aquella experiencia, también podrían encontrar fuerzas para transformar sus vidas.

Así comenzó a tomar forma uno de los grandes proyectos de su vida: lograr que los habitantes de Traslasierra pudieran realizar los ejercicios espirituales que él tanto valoraba.

Un viaje para transformar corazones

Después de pensar en la posibilidad de llevar a los habitantes de la Villa de Tránsito a realizar los ejercicios espirituales, Brochero comenzó a recorrer el pueblo. Habló con los vecinos, uno por uno, y los invitó a acompañarlo hasta Córdoba capital para vivir aquella experiencia que tanto bien le había hecho a él.

De a poco, fue convenciendo a muchas personas. Pero hubo alguien que se resistía hasta el final: Rafael Pereira, aquel hombre que bebía demasiado alcohol y que Brochero ya conocía muy bien.

Rafael no quería saber nada con hacer aquel viaje. Entonces, Brochero decidió proponerle un trato.

—Mirá, Rafael, te voy a hacer una propuesta. Yo voy a estar dos años sin comer patay y vos vas a estar dos años sin tomar vino. Te puedo asegurar que, si venís conmigo, tu vida va a cambiar y vas a poder tener la vida que vos querés.

¡Y así fue como finalmente logró convencerlo!

Rafael Pereira fue el último en aceptar la invitación. Entonces, todos prepararon sus mulas y emprendieron el largo camino desde Traslasierra hasta Córdoba capital.

La travesía era muy exigente. Tardaban cuatro días en llegar a Córdoba, permanecían allí siete días realizando los ejercicios espirituales y después necesitaban otros cuatro días para regresar. En total, eran quince días dedicados a aquella experiencia. Mientras los habitantes del pueblo participaban del retiro espiritual, Brochero se ocupaba de cuidar a las mulas, darles de comer y procurar que tuvieran agua para beber. Él también estaba allí, acompañando a los demás, pero sin olvidarse de atender a los animales que habían hecho posible el viaje.

Cuando terminaron los ejercicios espirituales, todos emprendieron el regreso con el corazón renovado. Habían compartido días de oración, reflexión y encuentro, y volvían a sus hogares con nuevas fuerzas.

Pero el camino de vuelta todavía les tenía preparada una situación difícil. Durante la travesía, Brochero sintió muchísimo frío. El frío era tan intenso que uno de sus pies se le entumeció y quedó blanco: la sangre no estaba circulando como debía. El sacerdote ya no podía continuar caminando con normalidad y necesitaba ayuda. Entonces intervino Rafael Pereira. Aquel hombre que antes pasaba sus días tomando vino llevaba ya bastantes días sobrio. Su corazón también había comenzado a transformarse y, frente a la dificultad de Brochero, encontró la manera de ayudarlo.

Sacrificó una oveja y colocó el pie del sacerdote entre las entrañas del animal, aprovechando su calor para intentar recuperar la circulación. Gracias a aquella intervención, Brochero pudo recuperarse y continuar el viaje.

¡Qué diferente era ahora Rafael! El hombre que al principio no quería acompañarlo había terminado ayudándolo a él en medio de las sierras.

Cuando ya estaban cerca de la Villa de Tránsito, Brochero les pidió a algunos que se adelantaran para preparar una sorpresa. Quería que construyeran un arco, semejante a un arco del triunfo, para recibir a quienes regresaban de los ejercicios espirituales. Así, cuando llegaron los primeros viajeros, encontraron a todo el pueblo esperándolos para felicitarlos por aquella experiencia de renovación espiritual.

Era una manera de celebrar que habían regresado distintos, con nuevas fuerzas y con el deseo de comenzar una nueva etapa en sus vidas.

Un día se acercó a Brochero un soldado del Ejército argentino, uno de aquellos hombres que habían participado en las batallas de la época. Quería agradecerle por todo el bien que estaba haciendo en la región y decidió regalarle su montonera. La montonera era una pieza que se utilizaba para montar a caballo y que, en el caso de las que pertenecían al ejército, podía tener bolsillos destinados a guardar armas y otros elementos.

En aquellos momentos, los militares no siempre eran bien vistos por la población. Habían participado en enfrentamientos en los que muchas personas habían perdido la vida, y sus acciones despertaban temor y desconfianza.

Sin embargo, Brochero aceptó el regalo y comenzó a recorrer el pueblo con su nueva montonera. Al verlo, un vecino se sorprendió y le preguntó:

—Pero ¿por qué anda con eso de un milico? ¿Qué va a poner en esos bolsillos? El hombre seguramente esperaba que Brochero guardara allí algún objeto relacionado con su nueva vestimenta. Pero el sacerdote tenía otros planes. En lugar de armas, había llenado los bolsillos de estampitas de santos, que llevaba consigo para repartir entre la gente.

Brochero encontraba maneras muy particulares de transformar las cosas y darles un nuevo sentido.

El regreso junto a Lorenzo, el hombre que tenía lepra

Con el paso del tiempo, Brochero comenzó a recordar algo que le había quedado dando vueltas en el corazón: el día en que había huido de Lorenzo, el hombre que tenía lepra. Recordaba cómo, al verlo cerca de la hija y del bebé que había ido a bautizar, había sentido miedo y se había alejado rápidamente. Pero ahora, después de tantas experiencias y de todo lo que estaba aprendiendo al acompañar a las personas, decidió que tenía que volver a visitarlo. Y esta vez hizo algo muy diferente. No solamente fue a verlo, sino que se quedó a conversar con él y compartió unos mates a su lado. A partir de entonces, Brochero continuó visitando a Lorenzo y tomando mate con él durante muchos años.

Aquella relación nos muestra cómo el sacerdote fue dejando atrás sus propios temores y aprendiendo a acercarse a quienes la sociedad solía apartar. Lorenzo ya no era solamente un hombre enfermo al que había que temerle: era una persona con la que podía compartir una conversación, unos mates y momentos de compañía.

La epidemia de cólera llega a Traslasierra

Un día le avisaron a Brochero que un hombre estaba muriendo de cólera. El sacerdote fue a visitarlo para darle la extremaunción, es decir, el sacramento que la Iglesia católica ofrece a las personas gravemente enfermas. Pero la situación era delicada. La enfermedad era muy grave y existía el temor de que se propagara por la región. Brochero pidió que quemaran el rancho donde vivía aquella familia, con la intención de evitar que la enfermedad se extendiera a otras personas. Así, tuvieron que quemar la vivienda. Sin embargo, la familia no quedó abandonada a su suerte. Los habitantes de la comunidad se organizaron y, entre todos, reconstruyeron el rancho para que pudieran volver a tener un lugar donde vivir. Una vez más, frente a una situación dolorosa, apareció la solidaridad de la gente.

El sueño de construir una casa de ejercicios espirituales

Con el tiempo, Brochero comenzó a pensar que no podían depender siempre de aquella enorme travesía hasta Córdoba para realizar los ejercicios espirituales. El viaje era largo, cansador y demandaba muchos días. Además, habían elegido una época en la que no era tiempo de cosecha, porque, cuando llegaba el momento de trabajar en los campos, las familias no podían ausentarse durante tantos días.

Entonces se le ocurrió una idea:

—*¿Y si construimos una casa de ejercicios espirituales acá, en Traslasierra?*

De esa manera, los habitantes podrían realizar los retiros sin tener que atravesar las Altas Cumbres cada vez que quisieran participar. La idea comenzó a crecer en su corazón y Brochero se puso manos a la obra. Empezó a recorrer todo el valle, visitando a los vecinos para pedirles dinero, materiales y ayuda. También buscaba voluntarios que estuvieran dispuestos a trabajar en la construcción.

Tenía una manera muy particular de acercarse a las casas. A veces llegaba y decía:

—*Acá vengo a traerles música, haciendo sonar las palmas.*

La gente lo recibía, lo invitaba a entrar y terminaba ofreciéndole algo para comer. Entonces, mientras compartían la comida y conversaban, Brochero aprovechaba para contarles su proyecto e invitarlos a participar.

No siempre lo recibían con entusiasmo. Había personas que estaban en contra de sus ideas y que no querían colaborar. En una ocasión, alguien incluso pidió que le dijeran a Brochero que la religión no era asunto de los hombres. Pero el sacerdote no se desanimaba fácilmente. Continuaba conversando, explicando lo que quería construir y buscando la manera de convencer a quienes todavía no comprendían la importancia de su proyecto.

Y así, poco a poco, fue consiguiendo que muchas personas se sumaran a la iniciativa.

Cuando finalmente logró reunir a un grupo importante de colaboradores, Brochero decidió convocarlos a todos para la fiesta patronal. Prepararon un gran asado de cabritos y compartieron una jornada de encuentro. La idea era que, al día siguiente, comenzaran a trabajar en la construcción de la casa de ejercicios espirituales.

Pero a la mañana siguiente, Brochero se despertó muy enfermo. Se sentía tan mal que tuvo que quedarse acostado. Algunos de los hombres que iban a trabajar se acercaron a hablar con él. Querían saber qué debían hacer y cómo imaginaba aquella construcción.

A pesar de encontrarse enfermo, Brochero intentaba explicarles sus ideas.

—*Bueno, nuestro comedor tiene que tener cincuenta metros, porque necesitamos espacio para todos. Y la mesada tiene que tener unos diez metros, así podemos poner diez ollas grandes...*

Los hombres lo escuchaban y asentían.

—*Bueno, bueno, padre.*

Pero, al verlo tan enfermo y escuchar aquellos planes tan detallados, algunos pensaban que estaba delirando.

¡El cura estaba acostado, sintiéndose muy mal, y aun así seguía pensando en las dimensiones del comedor y en cuántas ollas necesitarían para alimentar a toda aquella gente!

Sin embargo, su proyecto no se detuvo. El primer día, los trabajadores comenzaron limpiando el terreno. Después empezaron a preparar los cimientos. Al tercer día, Brochero se sintió mejor y pudo acercarse a la obra para colocar la piedra fundamental. Tomó una piedra y la arrojó en el medio de un hueco que habían preparado para ese momento.

Entonces exclamó:

—*¡Te jodiste, diablo!*

Con aquellas palabras, tan propias de su manera de expresarse, daba comienzo a una obra que soñaba con transformar la vida espiritual de toda la región. Después de colocar la piedra fundamental, comenzaron a levantar las paredes. Para ello, se pusieron a fabricar ladrillos de adobe.

Muchísimas personas colaboraron en la construcción. Algunos trabajaban hasta cansarse y, cuando ya no podían continuar, llegaban otros para tomar su lugar. De esa manera, con el esfuerzo de unos y otros, la construcción fue creciendo.

La casa de ejercicios espirituales terminó siendo enorme, tal como el cura había soñado, aunque pensaba que deliraba. Esta construcción era algo verdaderamente extraordinario para aquella región de las sierras.

Brochero había conseguido que muchas personas se unieran para hacer realidad un proyecto que, al principio, parecía casi imposible.

Mientras avanzaba la construcción, había que alimentar a todos los hombres que trabajaban allí. Brochero se preocupaba por conseguir comida y procuraba que a nadie le faltara un plato.

Un día le pidió a uno de sus ayudantes que fuera a la carnicería a buscar chinchulines. El carnicero solía regalárselos, pero aquella vez había decidido cobrar dos pesos. Entonces Brochero le pidió al ayudante:

—*Andá, por favor, y rogale que nos los regale para la gente que está trabajando acá.* El hombre fue a hacer el pedido mientras Brochero continuaba con sus actividades. Poco después, el sacerdote estaba dando un discurso en la iglesia y hablaba acerca de un personaje bíblico llamado David. En medio de su explicación, levantó la voz y preguntó:

—*¿Y qué dijo David?* Justo en ese momento entró el ayudante que había ido a la carnicería. Al escuchar la pregunta, creyó que Brochero le estaba hablando a él y respondió:

—*¿Qué dijo David?*

Y entonces, con toda naturalidad, le contestó:

—*¡David dijo que los chinchulines están a dos pesos!*

La situación debió de provocar más de una risa entre los presentes.

Una vez más, la vida cotidiana se mezclaba con las actividades religiosas de Brochero. Él podía estar hablando de la Biblia y, al mismo tiempo, pendiente de los alimentos que necesitaban los trabajadores para continuar con la construcción.

El encuentro con Santos Guayama

Pero Brochero no solamente se preocupaba por construir caminos, conseguir alimentos o levantar una casa de ejercicios espirituales. También quería ayudar a aquellas personas que habían terminado viviendo al margen de la sociedad.

Como ya hemos contado, en aquella época había muchos robos en la región. Algunos de los hombres que habían participado en las batallas se encontraban escondidos, porque eran perseguidos por las autoridades o se oponían al gobierno. Uno de ellos se llamaba Santos Guayama.

Guayama vivía en la clandestinidad y era señalado como un delincuente. Se encontraba escondido en los Llanos de La Rioja, lejos de los lugares donde las autoridades podían encontrarlo.

Brochero, sin embargo, tenía una idea fija: quería que Santos Guayama hiciera los ejercicios espirituales. Para el sacerdote, incluso aquel hombre perseguido podía encontrar un camino diferente para su vida. Y cuando algo se le metía en la cabeza, no descansaba hasta intentarlo. Así que decidió viajar hasta los Llanos de La Rioja para encontrarse con él.

El encuentro no fue sencillo. Santos Guayama estaba acostumbrado a desconfiar de los demás y, al principio, no confiaba demasiado en aquel sacerdote que había llegado hasta allí para hablar con él.

¿Por qué habría de confiar en alguien que no conocía?

Pero, a medida que conversaban, Guayama comenzó a comprender que Brochero no había ido a entregarlo a las autoridades ni a perjudicarlo. Su intención era ayudarlo. Entonces, Santos Guayama le explicó que, para aceptar su propuesta, necesitaba una garantía.

—Mirá, para que vos me puedas ayudar, necesito que me firmes un papel donde diga que no voy a ir a la cárcel.

Se refería a un indulto, una medida por la cual se perdona una pena o se exime a una persona de cumplirla, según las condiciones establecidas por la autoridad competente. Brochero comprendió que, si quería convencerlo de participar en los ejercicios espirituales, primero debía encontrar una manera de darle aquella seguridad.

Y decidió recurrir a alguien que conocía muy bien: su antiguo amigo Juárez Celman ya había crecido y se había convertido en una figura importante de la política. En aquel momento era gobernador de Córdoba. Brochero decidió visitarlo para pedirle que intercediera por Santos Guayama. Pero no iba a pedirle un favor solamente para él. Quería que Juárez Celman firmara un indulto para Guayama y también para otros trescientos hombres que se encontraban en una situación semejante.

¡Trescientos hombres!

Brochero quería llevarlos a todos a realizar los ejercicios espirituales. Creía que aquellas personas también merecían una oportunidad para cambiar sus vidas y que, para conseguirlo, necesitaban que alguien confiara en ellas.

Cuando Juárez Celman escuchó semejante pedido, no podía creerlo.

—¿Pero estás loco? —le preguntó.

La propuesta era enorme y no se trataba de una petición sencilla de conceder. Pero Brochero tenía una manera muy particular de mirar a las personas. No veía solamente a un delincuente, a un hombre perseguido o a alguien que había cometido errores. Veía a una persona, a un ser humano que todavía podía cambiar.

Por eso, frente a las dudas de su amigo, insistió en que debía ayudarlo.

Y entonces le dijo una frase que resumía su manera de entender aquella misión:

—Es un alma.

Para Brochero, detrás de cada uno de aquellos hombres había un alma que merecía una oportunidad. Y, decidido a conseguir lo que se proponía, también le sugirió a Juárez Celman que recurriera a Julio Argentino Roca, quien entonces era presidente de la Nación. Brochero estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviera a su alcance para que aquellos hombres pudieran

acercarse a los ejercicios espirituales y encontrar la posibilidad de transformar sus vidas. Porque, para él, ninguna persona debía quedar excluida de esa oportunidad.

La casa de ejercicios espirituales comienza a recibir a sus primeros visitantes

Una vez que la casa de ejercicios espirituales estuvo construida y la obra ya se encontraba bastante avanzada, Brochero comenzó a pensar en todo lo que haría falta para recibir a las personas que llegarían a realizar los retiros. No alcanzaba con tener un edificio grande. También había que organizar la limpieza, preparar la comida y conseguir personas que se ocuparan de atender a quienes participarían de los ejercicios.

Entonces, Brochero volvió a recorrer las casas del valle. Iba de vecino en vecino, como acostumbraba hacer, y muchas veces se presentaba diciendo que venía a ofrecer música. Así lograba que lo recibieran, compartieran un rato con él y escucharan su propuesta.

Para dirigir los ejercicios espirituales no estaba solo. Él no era quien daba los sermones, sino que invitaba a los padres predicadores, que eran los encargados de guiar aquellas jornadas de reflexión y oración. En la primera tanda de ejercicios espirituales participaron quinientos paisanos. ¡Quinientas personas reunidas en aquella casa, en medio de las sierras, para vivir una experiencia que Brochero consideraba capaz de transformar sus vidas!

Mientras tanto, el sacerdote seguía trabajando para que cada vez más habitantes de la región pudieran acceder a aquella experiencia.

La respuesta de Santos Guayama

Tiempo después, llegó un telegrama de Julio Argentino Roca, presidente de la Nación, en el que se comunicaba que Santos Guayama podía circular libremente. Brochero se alegró con la noticia y decidió volver a los Llanos de La Rioja para encontrarse con él.

Cuando finalmente se vieron, el sacerdote le contó lo que decía el telegrama. Sin embargo, Guayama no se quedó tranquilo.

—Mirá, a mí no me sirve ningún telegrama. Eso puede ser una emboscada para mí. Sin un indulto, yo no me muevo de acá.

Santos Guayama seguía desconfiando de las autoridades y temía que aquella promesa fuera una trampa para atraparlo. Pero, además, le hizo un comentario a Brochero que lo dejó pensando:

—Y a vos que tanto te preocupa cómo estoy yo, ¿Por qué no vas a evangelizar al Gaucho Seco, que es un tremendo delincuente?

Brochero se quedó pensando en aquellas palabras. El Gaucho Seco era otro hombre que vivía escondido, señalado por sus delitos y alejado de la sociedad. Si Guayama necesitaba ayuda, quizás aquel hombre también necesitaba que alguien se acercara a él.

Brochero no olvidó aquella conversación.

Sin embargo, antes de emprender aquella nueva aventura, apareció otra necesidad que lo llevó a ampliar sus proyectos.

Una escuela para las niñas de Traslasierra

Un día, un grupo de vecinos se acercó a Brochero para plantearle una preocupación. Estaban inquietos porque las niñas de la región tenían pocas oportunidades de estudiar. Había cinco escuelas, pero todas estaban llenas, y muchas familias no encontraban un lugar donde sus hijas pudieran recibir educación. Brochero escuchó atentamente.

Hasta ese momento, su gran proyecto había sido construir la casa de ejercicios espirituales para que los habitantes pudieran fortalecer su vida interior. Pero ahora comprendía que también era necesario ofrecerles educación a las niñas.

Y se le ocurrió una nueva idea: construir un colegio para niñas en Traslasierra. Como sucedía con cada proyecto que se proponía llevar adelante, comenzó a buscar la manera de hacerlo realidad. Convocó a los vecinos, pidió colaboración y organizó los trabajos. Muchas personas se sumaron a la iniciativa y, entre todos, comenzaron a construir el colegio.

Pero Brochero sabía que no alcanzaba con levantar las paredes. También necesitaba personas que se encargaran de enseñar y acompañar a las niñas. Por eso, pidió que llegaran religiosas para hacerse cargo de la educación.

Entre las religiosas que formarían parte de aquella historia estaba la hermana Catalina, cuya presencia merece un lugar especial en este relato.

Madre Catalina: una mujer que también tenía un sueño

Catalina de María Rodríguez había nacido en Córdoba, en 1823, y desde joven se había interesado por ayudar a otras personas. En aquella época, las mujeres tenían muchas limitaciones para participar de la vida pública y para decidir qué querían hacer con su futuro.

Catalina también tuvo que recorrer su propio camino. Se casó siendo joven y, después de enviudar, decidió dedicar su vida a Dios y al servicio de los demás.

No se quedó esperando que alguien resolviera las necesidades que veía a su alrededor. En 1872 fundó una congregación religiosa femenina, las Esclavas del Corazón de Jesús, que se dedicaba, entre otras tareas, a acompañar a las personas, organizar ejercicios espirituales y educar.

Catalina y Brochero compartían una idea importante: la fe debía expresarse en acciones concretas que ayudaran a las personas. Por eso, cuando Brochero le propuso que las hermanas se hicieran cargo del colegio de niñas y colaboraran con la Casa de Ejercicios, ella aceptó el desafío.

Brochero quería que las niñas de Traslasierra tuvieran acceso a una educación que les permitiera aprender, crecer y desarrollar sus capacidades. Para conseguirlo, era necesario que las religiosas viajaran hasta aquella región apartada de los grandes centros urbanos. El viaje no era sencillo. Las mujeres tuvieron que atravesar las sierras a lomo de mula, recorriendo caminos difíciles durante tres días.

Al llegar, fueron recibidas con una bienvenida especial. Los habitantes habían preparado un arco del triunfo, como ya habían hecho en otras ocasiones para recibir a quienes llegaban a compartir los proyectos del cura. Todo el pueblo salió a saludarlas y a celebrar su llegada. La escuela comenzó a funcionar y llegó a contar con 190 niñas alumnas, de las cuales 14 eran internas. En total, había quince religiosas dedicadas a la vida de la institución.

Aquel colegio se convirtió en una obra fundamental para la comunidad, porque permitía que muchas niñas recibieran una educación que, hasta entonces, había sido difícil de conseguir.

Brochero no solamente estaba construyendo una casa para los ejercicios espirituales. También estaba ayudando a crear espacios donde las personas pudieran aprender y encontrar nuevas oportunidades para sus vidas.

El hombre que había querido matarlo

Mientras todos estos proyectos avanzaban, Brochero continuaba recorriendo los parajes de la región para visitar a los enfermos y atender a quienes solicitaban su ayuda. Un día le avisaron que había un hombre muy enfermo en la Pampa de Pocho y que necesitaba confesarse. Brochero no dudó. Se subió a su mula y emprendió el viaje. Pero, cuando llegó, el hombre ya había muerto.

La persona que lo había acompañado hasta allí se acercó al sacerdote y le dijo: —Perdóneme, padre, pero tengo que contarle algo. Este hombre, antes de morir, tenía planeado matarlo. Si se fija debajo de su almohada, va a encontrar un cuchillo.

Brochero quedó sorprendido.

—¿Pero por qué? ¿Quién querría matarme a mí?

Entonces le explicaron que aquel hombre era un gran delincuente y que estaba enojado porque el sacerdote había intervenido en su relación de pareja, hablando con su mujer para que lo dejara. La noticia lo impactó profundamente.

Brochero estaba acostumbrado a enfrentarse a situaciones difíciles, a visitar enfermos y a ayudar incluso a personas que vivían al margen de la ley. Pero descubrir que uno de aquellos hombres había planeado matarlo debió de hacerlo reflexionar sobre los riesgos que corría. Aun así, continuó con su tarea.

Para entonces, ya se había realizado la segunda tanda de ejercicios espirituales en la casa que tanto esfuerzo le había costado construir. Y mientras la obra seguía creciendo, Brochero no dejaba de pensar en aquella conversación con Santos Guayama. El Gaucho Seco también necesitaba que alguien fuera a buscarlo.

El encuentro con el Gaucho Seco en Los Gigantes

Se decía que el Gaucho Seco estaba escondido en la zona de Los Gigantes, entre las grandes formaciones rocosas de las sierras. Brochero decidió ir a buscarlo. Se internó en aquel paisaje de piedras y montañas, recorriendo los lugares donde podía esconderse un hombre que no quería ser encontrado.

Mientras avanzaba, tenía la sensación de que alguien lo observaba. En medio de las rocas, descubrió unas cuevas. Se trepó, se acercó a una y miró en su interior, pero no encontró a nadie. Entonces siguió hasta otra cueva. De repente, una voz lo detuvo:

—¡Alto! ¡Un paso más y le tiro!

El hombre que se escondía allí estaba preparado para defenderse. No sabía quién era aquel visitante ni qué intenciones tenía. Y entonces ocurrió algo inesperado. No se sabe cómo se le ocurrió a Brochero aquella respuesta, pero, en lugar de salir corriendo o intentar discutir con el hombre, le dijo que era médico.

El Gaucho Seco le respondió:

—*¡Pero si yo no estoy enfermo! ¿Para qué lo voy a necesitar antes de morirme?*

Brochero le contestó:

—*Yo vengo a curar el alma.*

Con aquellas palabras, le explicó que no había llegado hasta allí para perseguirlo ni para entregarlo a las autoridades. Quería invitarlo a realizar los ejercicios espirituales.

Después de conversar, el Gaucho Seco aceptó la invitación, pero puso una condición:

—*Bueno, voy a ir, pero voy con otros.*

Se refería a los hombres que estaban escondidos con él, otros maleantes que también vivían al margen de la sociedad.

Brochero aceptó. Si aquellos hombres estaban dispuestos a acompañarlo, él estaba dispuesto a recibirlos.

Cuando el Gaucho Seco y sus compañeros llegaron a la casa de ejercicios espirituales, Brochero les pidió a unos de los predicadores algo particular. Quería que al dar los sermones les hablara del infierno, que les diera un discurso capaz de asustarlos. Así que el predicador preparó un sermón en el que habló del infierno y de las consecuencias de alejarse del camino de Dios. Los hombres escucharon aquellas palabras profundamente impactados. Parecía que algo había comenzado a moverse dentro de ellos. Quizás, por primera vez en mucho tiempo, estaban dispuestos a detenerse y reflexionar sobre sus vidas.

Pero, después de aquella experiencia tan intensa, decidieron salir a tomar aguardiente para relajarse.

Brochero, que conocía muy bien las costumbres de los habitantes de la región, había preparado una pequeña sorpresa. Había colocado ramas de sauce en las rejas. Cuando soplabla el viento, las ramas se movían y sus sombras se proyectaban de una manera extraña, creando figuras que podían parecer otra cosa. En la oscuridad, aquellos movimientos y sombras asustaron a los hombres. ¡Salieron disparados!

Los mismos que habían vivido de manera peligrosa, que se escondían de las autoridades y que estaban acostumbrados a enfrentarse a situaciones difíciles, terminaron corriendo asustados por aquellas sombras.

Enseguida fueron a buscar al cura Brochero, el cura gaucho, para pedirle la bendición. A partir de aquella experiencia, varios de aquellos hombres comenzaron a cambiar sus vidas.

Sin embargo, el Gaucho Seco permaneció en silencio. Durante los primeros días, parecía que nada de lo que había escuchado lo hubiera conmovido. Su corazón seguía cerrado y no daba señales de haber encontrado aquello que Brochero esperaba. Pero el sacerdote no lo apuró. Dejó que transcurrieran los días. Hasta que, después de tres días, sucedió algo. El Gaucho Seco sintió que algo había cambiado dentro de él. Era como si, finalmente, su alma se hubiera abierto. Con lágrimas en los ojos, se acercó a Brochero y le dijo:

—*¡Ha nacido un hombre nuevo!*

Aquellas palabras expresaban lo que el sacerdote había deseado desde el principio: que aquel hombre pudiera encontrar una nueva manera de vivir.

Para Brochero, no se trataba simplemente de que alguien dejara de cometer delitos o abandonara sus malas costumbres. Lo importante era que pudiera descubrir dentro de sí mismo la posibilidad de transformarse. Y eso era, precisamente, lo que él buscaba con los ejercicios espirituales.

Pasaron cinco años desde que había comenzado la construcción de la casa de ejercicios espirituales. Durante ese tiempo, ya se habían realizado cinco tandas de ejercicios, en las que habían participado, en total, 3.100 personas. ¡Más de tres mil habitantes habían pasado por aquella casa para vivir una experiencia espiritual!

Brochero había conseguido que una idea que parecía casi imposible se transformara en una realidad. Personas de distintos lugares de la región habían podido participar de los retiros sin tener que viajar hasta Córdoba capital.

Mientras tanto, él seguía pendiente de Santos Guayama y de la promesa que le había hecho.

La última carta de Santos Guayama

Con el paso del tiempo, a Santos Guayama le llegó la noticia de que se había solicitado su indulto. Cuando se enteró, comenzó a mostrar aquella solicitud por todos lados. La llevaba consigo y la enseñaba, convencido de que pronto podría recuperar su libertad y dejar de vivir escondido. Brochero, al enterarse de que Guayama estaba mostrando el documento, se preocupó. Pensaba que no era prudente hacerlo mientras el indulto todavía no estuviera confirmado.

Sin embargo, Guayama tenía esperanzas. Creía que, si ya se había iniciado el trámite, pronto podría cambiar su situación. Pero el indulto nunca llegó a concretarse.

Brochero, que le tenía un gran afecto, decidió escribirle una carta. En ella le expresó cuánto lo estimaba y le contó que le había enviado una medalla. Guayama recibió la carta y le respondió con unas pocas palabras:

—Venga, cura, que me matan.

Había caído en una emboscada y lo habían detenido. Brochero no pudo llegar a tiempo para ayudarlo. Con el paso del tiempo, se enteró de que Santos Guayama había sido asesinado en la cárcel. La noticia lo llenó de tristeza. Ya no se trataba solamente de un hombre al que había intentado convencer de realizar los ejercicios espirituales. Santos Guayama se había convertido en alguien cercano, una persona por la que sentía un cariño verdadero. Brochero había querido darle una oportunidad para cambiar su vida, pero no había podido evitar aquel desenlace. La muerte de Guayama fue un golpe doloroso para el sacerdote.

La última visita a Lorenzo Funes

Ese mismo día, a las cinco de la tarde, llegó otra noticia. Lorenzo Funes, el hombre que tenía lepra y a quien Brochero había aprendido a visitar y acompañar, estaba muriendo. El río Panaholma había crecido muchísimo. La corriente era fuerte y cruzarlo resultaba peligroso. Pero Brochero no quiso quedarse esperando. Se subió a su mula y se metió en el río para llegar hasta Lorenzo. El agua era tan profunda en algunos sectores que, por momentos, ni siquiera se le veía la cabeza. Aun así, siguió avanzando hasta conseguir cruzar. Cuando llegó, pudo acompañar a Lorenzo y darle la extremaunción antes de despedirse de él. Brochero había vuelto a encontrarse con aquel hombre al que, años atrás, había evitado por miedo a contagiarse de lepra. Con el tiempo, había aprendido a acercarse a él, a compartir unos mates y a acompañarlo como a cualquier otra persona que necesitara su presencia. Ahora, frente a la muerte de Lorenzo, volvió a estar a su

lado. Ni la crecida del río ni el peligro del camino le impidieron llegar para darle aquella última despedida.

Brochero había logrado sostener varios proyectos al mismo tiempo: la casa de ejercicios espirituales, el colegio para niñas, los caminos que comunicaban los pueblos y la asistencia a quienes necesitaban ayuda. Pero todavía quedaban muchas cosas por hacer. Y, como siempre, el sacerdote tenía nuevas ideas para el futuro de Traslasierra.

Juárez Celman visita Traslasierra

En aquellos años, Juárez Celman era gobernador de Córdoba. Su amistad con Brochero venía de mucho tiempo atrás, desde cuando ambos eran jóvenes y compartían sus días en el seminario.

Un día, mientras Brochero estaba con él, comenzaron a escucharse unos petardos. Al principio, el sacerdote pensó que se trataba de festejos. Sin embargo, pronto comprendió que no estaban celebrando nada: se trataba de una revolución. Había un grupo de personas que quería derrocar al gobernador anterior, y la situación política se había vuelto muy tensa. En medio de aquel conflicto, Juárez Celman intervino como mediador para intentar calmar a los revolucionarios. Brochero observaba lo que sucedía y, sin comprender demasiado aquellas disputas políticas, comentó:

—¡No entiendo nada!

Juárez Celman le respondió que había que sacar el país adelante.

Pero Brochero no tardó en volver a lo que más le importaba: las necesidades de su región.

—Ahora que vos sos gobernador, no te voy a dejar de pedir cosas —le dijo. Y cumplió con su palabra.

Gracias a aquella relación, Juárez Celman viajó por primera vez a Traslasierra. Durante su visita, ambos conversaron sobre el futuro de la región y sobre la necesidad de construir un camino que permitiera atravesar las Altas Cumbres y mejorar la comunicación con Córdoba capital.

Brochero sabía que aquella obra era fundamental. Un camino mejor no solamente facilitaría los viajes, sino que también permitiría transportar productos, mejorar el intercambio entre las localidades y acercar a los habitantes de Traslasierra a otras regiones.

Finalmente, en 1883 se firmó el decreto relacionado con el camino de las Altas Cumbres. Aquel proyecto representaba un paso importante para una región que durante mucho tiempo había permanecido aislada por las montañas.

Los conflictos entre el Gobierno y la Iglesia

Al año siguiente, en 1884, comenzaron fuertes enfrentamientos entre los sectores vinculados al gobierno de Roca y Juárez Celman y la Iglesia católica. Una de las principales discusiones tenía que ver con la educación. El gobierno impulsaba cambios que buscaban que la enseñanza en las escuelas públicas no estuviera organizada alrededor de la religión católica.

También había controversias sobre el matrimonio. Hasta entonces, la Iglesia tenía un papel central en la celebración y el reconocimiento social de los matrimonios. Con las nuevas disposiciones, se avanzó hacia un sistema en el que el matrimonio civil debía celebrarse ante el Estado, independientemente de la ceremonia religiosa. Estos cambios generaron tensiones entre

las autoridades políticas y muchos representantes de la Iglesia. Brochero, que era sacerdote, se encontraba en medio de aquel contexto de discusiones.

En una ocasión, fue a un diario para publicar algunos anuncios relacionados con la Iglesia. Pero allí le hicieron un reproche:

—¿Vos venís a pedir algo acá, cuando en realidad estás con los que están en contra de la Iglesia?

Se referían a Juárez Celman, su amigo y gobernador, que estaba vinculado al gobierno que impulsaba aquellas transformaciones.

Pero Brochero parecía tomarse aquellas cuestiones con más tranquilidad. Su amistad con Juárez Celman no le impedía seguir concentrado en su tarea cotidiana y en los proyectos que consideraba necesarios para la gente de Traslasierra. Porque, más allá de las disputas políticas, él seguía teniendo una preocupación principal: que los habitantes de aquellas sierras tuvieran caminos para comunicarse, escuelas para educar a sus hijos, lugares donde encontrarse y oportunidades para transformar sus vidas. Y todavía le quedaba mucho por hacer.

La última etapa de la vida del Cura Brochero

Se rumoreaba que iban a nombrar al Cura Brochero obispo. En aquella época, para llegar a ser obispo, los sacerdotes participaban de una elección, pero el nombramiento también necesitaba la aprobación del presidente de la Nación. Y en ese momento el presidente era su amigo, Miguel Juárez Celman. Por eso, muchos pensaban que Brochero sería el próximo obispo.

Por esos días, el padre tuvo un sueño que lo hizo reflexionar. Soñó con Cristo en el desierto, enfrentándose a las tentaciones del diablo. Al despertar, pensó que aquel ofrecimiento también podía ser una tentación: convertirse en obispo significaba alejarse de la vida que había elegido junto a su pueblo. Entonces decidió que no quería aceptar el nombramiento. Él sentía que su lugar estaba en Traslasierra, al lado de sus paisanos, acompañándolos en sus necesidades. Por eso, escribió una carta para pedir que no lo nombraran obispo.

Un viaje a Buenos Aires

Tiempo después, cuando Juárez Celman ya era presidente, Brochero viajó a Buenos Aires para visitarlo. Llegó vestido con su poncho, que estaba muy sucio después de tantos años de andar por los caminos serranos. La esposa del presidente, al verlo, consideró que no podía presentarse así en la Casa de Gobierno. Mandó a hacerle una sotana nueva, aunque Brochero se resistió al principio. Finalmente, terminó poniéndosela.

Durante su estadía, Juárez Celman le mostró distintos lugares de la ciudad: el depósito de agua potable, el ferrocarril, el puerto y la Avenida de Mayo. Brochero pudo ver de cerca las grandes obras y el movimiento de Buenos Aires. Pero también pudo comprobar cuánto contrastaba aquella ciudad con la pobreza y las dificultades que vivían sus paisanos en Traslasierra.

En medio de aquel recorrido, le preguntó a su amigo:

—¿Y vos te vas a acordar de tus paisanos?

Brochero no quería que su pueblo quedara olvidado. Necesitaba caminos, medios de comunicación y oportunidades para que sus habitantes pudieran vivir mejor. Volvió a hablar con su amigo sobre un proyecto que le había mencionado años antes. La construcción del ferrocarril.

Brochero impulsó la prolongación de las vías desde La Toma, San Luis hasta Villa Dolores, con la intención de extenderlas después hasta Sota.

Tres años después de que Juárez Celman asumiera la presidencia, en 1890, una revolución lo obligó a renunciar. Ese mismo año, Brochero sufrió otra pérdida importante: murió su madre.

Con el paso de los años, la salud de Brochero comenzó a deteriorarse. Brochero nunca había sido muy amigo de mirarse al espejo. Sin embargo, un día se observó con atención y notó cambios en su rostro: tenía el lóbulo de la oreja agrandado, la piel llena de rugosidades y la nariz hinchada. También se le caían el pelo de las cejas y la barba. Su voz se había vuelto ronca, tenía temblores y había perdido sensibilidad. Ya no sentía el agua caliente sobre su cuerpo.

Mientras tanto, el obispo lo veía cada vez más debilitado y le pedía que renunciara a su cargo de párroco. Pero Brochero todavía tenía proyectos. Como el del ferrocarril para que las sierras dejaran de estar tan aisladas.

Ya existía una ley, aprobada en 1904, que contemplaba la construcción de un ferrocarril que llegaría desde Río Cuarto hasta Villa Dolores. En 1905 se destinó una partida de dinero para la obra, y Brochero viajó nuevamente a Buenos Aires para intentar impulsarla.

Durante aquella visita, Juárez Celman lo llevó a consultar a un médico. Después de examinarlo, le diagnosticaron lepra.

Al conocer el diagnóstico, Brochero exclamó:

—¡Por fin Dios se apiadó de mí!

Había pasado muchos años acompañando a enfermos y personas a quienes los demás temían acercarse. Ahora era él quien tenía una enfermedad que provocaba rechazo y miedo.

Permaneció dos años más en su parroquia, pero la gente empezó a alejarse de él. Muchos evitaban acercarse por temor al contagio. Así, aquel hombre que había dedicado su vida a estar junto a los demás comenzó a vivir cada vez más aislado.

Finalmente, le escribió una carta al obispo para presentar su renuncia. En ella expresó:

—Mi vejez me ha apretado de golpe.

Antes de despedirse de Juárez Celman, le había dicho:

—No creo que te vuelva a ver. Sin embargo, contra lo que Brochero imaginaba, quien murió primero fue su amigo Juárez Celman, en 1909.

La enfermedad avanzaba. Brochero iba perdiendo la vista y su voz se había vuelto tan ronca que a los demás les costaba entenderlo. Como ya no podía leer, repetía cada día la misma misa. Otras personas le leían pasajes de la Biblia para que pudiera seguir escuchando las palabras que tanto habían acompañado su vida.

A pesar de todo lo que había hecho por su comunidad, ahora era marginado por tener lepra.

Una vez quiso asistir a una misa celebrada por otro sacerdote. Llegó arrastrando los pies, con el cuerpo debilitado. Sin embargo, cuando tuvo la oportunidad de hablar, pronunció un discurso que dejó a quienes estaban allí profundamente impresionados. Su cuerpo ya no tenía la fuerza de antes, pero su deseo de comunicar aquello en lo que creía seguía vivo.

Por entonces, una religiosa llamada Rafaela pidió permiso para cuidarlo. Pero le advirtieron que, si se iba a acompañar al Cura Brochero, no podría regresar al convento durante dos años. Aun así, ella quiso estar a su lado.

Brochero había perdido la sensibilidad en gran parte de su cuerpo. Ya no podía sentir con normalidad el contacto ni distinguir bien las temperaturas. Necesitaba ayuda para muchas de las cosas que antes hacía por sí mismo.

Finalmente, el 26 de enero de 1914, el Cura Brochero falleció. Se iba un hombre que había dedicado su vida a caminar por las sierras, acercarse a los más necesitados, construir caminos y escuelas, acompañar a los enfermos y reunir a miles de personas para los ejercicios espirituales.

Había llegado a Traslasierra cuando muchos lugares estaban aislados y sus habitantes tenían pocas oportunidades. Y, durante décadas, había trabajado para transformar esa realidad.

¿Por qué el Cura Brochero fue declarado santo?

Muchos años después de su muerte, la Iglesia Católica reconoció su vida y su obra. Para declarar santo a una persona, la Iglesia estudia su vida y, en el caso de Brochero, reconoció dos milagros atribuidos a su intercesión después de su muerte.

El primero ocurrió en el año 2000 y tuvo como protagonista a un bebé llamado Nicolás, que tenía apenas once meses. El niño sufrió un grave accidente en las Altas Cumbres. Su estado era desesperante: tuvo tres paros respiratorios y perdió masa encefálica. Su recuperación sorprendió por su magnitud. La documentación médica fue estudiada en el Vaticano y, después de analizar el caso, la Iglesia reconoció su curación como un milagro atribuido a la intercesión del Cura Brochero.

El segundo caso ocurrió en 2013 y tuvo como protagonista a una niña, llamada Camila, que había sufrido una brutal golpiza por parte de su padrastro. La niña quedó en coma durante 45 días. Los médicos le habían dado apenas 72 horas de vida y, si lograba sobrevivir, esperaban que tuviera graves secuelas neurológicas. Una amiga de la familia tenía un cuadro del Cura Brochero en su casa, en Río Cuarto. Se lo llevó a los abuelos de la niña, quienes comenzaron a rezar una novena pidiendo por su recuperación. Llegaron a rezar dos novenas completas. En una ocasión, el abuelo imaginó que le entregaba su nieta en brazos al Cura Brochero. Y entonces sucedió algo inesperado: en apenas veinte días, la niña comenzó a hablar, después volvió a caminar y, con el tiempo, logró recuperarse. La Iglesia estudió también este caso y reconoció la recuperación como un segundo milagro atribuido a la intercesión del Cura Brochero. Con ambos milagros reconocidos, se completó el proceso que permitió su canonización.

Y así, aquel sacerdote que había recorrido las sierras montado en su mula, que había compartido el mate con los enfermos y que había trabajado para que su pueblo tuviera caminos, escuelas y una vida mejor, fue reconocido como santo.

El 16 de octubre de 2016, el papa Francisco canonizó al Cura Brochero. Se convirtió así en el primer santo nacido y fallecido en Argentina que fue canonizado.

Hoy se lo conoce también como el patrono de los párrocos argentinos.

El Cura Brochero nos dejó una enseñanza que va más allá de su época: el amor se demuestra acercándose a los demás, especialmente a quienes más lo necesitan.